

mente, al centro del espíritu humano. Para ello le falta una doctrina, una norma general que arrastre y que le suscite discípulos, seguidores, mártires. El mal como el bien necesita tener santos y mártires, y los sanatorios europeos por donde Gog pasea su neurosis, sólo pueden servirle para llenar las clínicas y los manicomios y no para sojuzgar a la humanidad. Por lo tanto, los católicos y Papini pueden dormir tranquilos; los hombres que andan «por el camino extraviado» no seguirán a Gog... y—oh apostólica conclusión—puede ser que retornen algún día al «buen camino». ¿No se pregunta Gog, al final de la obra, si acaso el verdadero sentido de la vida no será el de la humildad, de la sinceridad, de la rectitud? Mirándose en los ojos de la aldeana de Arezzo que le ofrece pan y agua para saciar su hambre y su sed, Gog se acerca mucho a los manantiales católicos considerados por el autor, eternos, y los espíritus religiosos podrán mirar sin cuidado todos los gritos y los aspavientos de este fervoroso espíritu combativo, que en toda su obra atruena con sus actitudes feéricas que ya convencen muy poco y que sólo pueden meter «cuco» a los ingenuos.

Sin embargo, Gog, no es sólo una creación de un italiano rabioso y conceptista; es la revelación simbólica de la ineptitud del autor para situarse en el plano de la actualidad. En efecto, al entrevistar Gog, a los más salientes espíritus del mundo de estos días, Einstein, Ford, Shaw, Lenín, Bergson, Edison, y al tratar de convertir en polvo sus

doctrinas, sus ideas y sus actos, no revela sino la fundamental incompreensión que puede tener el Anticristo occidental, por las almas de quienes han puesto una nueva lumbrada en la historia del progreso humano. Puede ser que la obra de esos hombres no sea definitiva; puede ser que todas sus construcciones caigan por tierra y con el paso de los años se borren hasta de la memoria de los hombres, pero a pesar de los esfuerzos de Papini y de Gog, no podrá negarse nunca que algo han hecho, y que este algo ya los ha colocado en la inmortalidad.

Gog no cree esto. Se empeña en descubrir el aspecto paradójal y negativo de las creaciones de esos hombres, pero de su labor esos hombres salen agrandados y Gog queda un poco en ridículo.

El intento de Papini al componer su último libro ha sido, sin duda alguna, generoso. Pero el resultado en el ánimo del lector acaso no habrá coronado sus propósitos. Gog inspira un poco de risa y no mueve ni a la indignación ni al desenfreno, como acaso le correspondería a un auténtico Anticristo.

Lo único que lo redime es el estilo vehemente, lírico, vibrante del autor y en él reconocemos al Papini que hemos seguido desde hace algunos años y al que se lleva nuestra admiración entusiasta.—*Abel Valdeés A.*

EL ESPÍRITU DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA, por *Francisco Contreras.*

Todo esfuerzo material y moral de la América Española, tendiente a la reconstitución de la «Magna Pa-

tria» de Bolívar, importa una afirmación de la personalidad nacional. En el dominio intelectual, Francisco Contreras, deseoso de cooperar a este acercamiento, ha pintado en *L'Esprit de l'Amérique Espagnola*, (1) una serie de retratos de escritores hispanoamericanos. Críticos, cronistas, poetas, novelistas, aparecen allí reunidos, formando un grupo de los más variados. Estos escritores, tan diferentes por el pensamiento y por el estilo, se mantienen unidos por la «sugestión de la raza, de la tierra, del ambiente». Sus obras traducen los aspectos particulares en la vida del Nuevo Mundo. Contreras, que posee vasta erudición, logra dar, en frases rápidas, nutridas de reflexiones pertinentes, una visión de conjunto de la literatura hispanoamericana, señalando sus principales tendencias.

La exposición de estos retratos comienza por el de Rubén Darío, poeta múltiple, que se inició en el periodismo a la edad de quince años y a quien Chile atraía. En esta tierra hospitalaria tuvo la revelación de su genio y también tomó contacto con la literatura francesa. «Nacido en medio de la naturaleza lujuriosa del Trópico, descendiente de español y de india, hijo de un mundo nuevo, Rubén Darío poseía una imaginación prodigiosa, un gusto artístico extraordinario, una alma abierta a todos los vientos de la vida». Algunos de sus poemas, desbordantes de fantasía, ¿no tienen cierto parecido

con los de Baudelaire y de Teófilo Gautier, orfebres del verbo francés? En «Nocturnos» ha expresado la angustia de las noches en que su alma sufría la obsesión de la muerte, impotente para expulsar las imágenes de la esclavitud interior. En su oda *A Roosevelt* encuentra acentos de indignación para vengar las injurias hechas a su patria. Y nunca es más elocuente, como en los momentos en que defiende el patrimonio intelectual de todo un pueblo; diríase que el alma de los antepasados renace, verdaderamente, en su persona. Juzgándolo sólo a la luz de los sentidos y del buen gusto, puede decirse que el poeta ha burilado con arte exquisito los retratos de Poe, Ibsen, Leconte de L'Isle, contemporáneos suyos. Cuidadoso de la forma, apasionado por los problemas estéticos, trabajó con igual acierto en todos los géneros literarios. Su genio tiene la impetuosidad del torrente y el hervor de la lava.

Con el trascurso del tiempo, José Enrique Rodó adquiere los contornos de un heraldo que anuncia el destino del nuevo mundo latino. En su opúsculo *Ariel*, se dirige a la juventud y la exhorta a afirmar su personalidad, a rechazar el utilitarismo angloamericano, a encontrar de nuevo las fuentes de lo bello por el estudio de las humanidades. Proclama la grandeza de la ley del Calvario, asociada al milagro griego. En política, sus preferencias, como las de Fustel de Coulanges, se inclinan en favor de una República aristocrá-

(1) Editions de La Nouvelle Revue Critique. Paris.

tica. En su folleto, *Liberalismo y Jacobinismo*, se levanta contra la falsa democracia fanática e intolerante. Inspirándose en los ejemplos heroicos de la América Española, Rodó, evoca la figura de Bolívar que, desde la soberana grandeza de su gloria inmortal, domina el conjunto de las glorias continentales! ¿Los primeros cimientos de las repúblicas sudamericanas no se construyeron en medio de la sangre y del sufrimiento? La historia, concluye la obra de la tierra y de las razas, y Rodó magnifica los gestos de los artesanos de la independencia, padres de la patria. ¿Quién es el gran poeta de la América latina que ha de trazar un paralelo entre la travesía de los Andes y el paso de los Alpes? San Martín y Bolívar, no podrían rivalizar con Napoleón! El curso de los siglos ha sido más rápido en América del Sur que en Europa. Un siglo vale por muchos. El nuevo mundo no ha necesitado cien años para conocer una Edad Media, un Renacimiento y una Epoca Moderna. Recordando los fastos de la historia, Rodó aconseja a sus discípulos que no rompan con la tradición greco-latina, hija de la experiencia, sino que, clarifiquen, a la luz de las disciplinas clásicas, los aportes extranjeros de su espíritu. La libertad sólo se obtiene por la fidelidad a los llamados de la raza y de la tierra! Los principios de Rodó, sus mensajes, encuentran eco en todos los corazones hispanoamericanos. Ha mostrado el camino, observa Contreras, «a un gran número de escritores; sus anhelos de unidad continental, sus aspiraciones a una literatura autóctona, son el

evangelio del movimiento literario que triunfa hoy día».

Saludemos en Leopoldo Lugones, poeta innovador, a un lírico de grande entonación. Canta en *Los Crepúsculos del Jardín*, «las feminidades modernas en sonetos o madrigales, de ejecución impecable, que recuerdan al lírico suntuoso del *Charriot d'or*. El novelista de la raza, Enrique Larreta, es conocido y muy estimado en Francia; Remy de Gourmont tradujo *La Gloria de don Ramiro*, sugestiva evocación de la España en tiempos de Felipe II. Mencionemos, particularmente a Manuel Ugarte que, como Maurras, ha renunciado a la carrera literaria, en la cual se había iniciado con brillo, para consagrarse a la defensa de una gran causa nacional. Ha planteado el problema de la América latina y de sus inquietudes vitales en *La Patria Grande*. Y expone en *El Porvenir de la América* un programa de política internacional salvadora. Las nuevas generaciones lo reconocen como el intérprete de sus aspiraciones legítimas. Si la América latina quiere conservar su independencia y entrar, resueltamente, en la vía nacionalista, ¿no debe esforzarse por afirmar su personalidad, por ser ella misma? Ser ella misma, implica la necesidad de respetar la tradición. La tragedia de Bolívar, ha escrito Víctor Andrés Belaunde, «¿no comenzó cuando el visionario y el soñador dominaron al realista?»

Del mosaico de escritores presentado por Contreras, destaquemos

algunas figuras chilenas. Federico Gana, «autor de simples croquis vividos u observados, hechos con un sentimiento muy profundo de la vida nacional, en sus rasgos característicos». Algunas de sus novelas cortas, como *En la montaña*, *La señora* y *La Maiga* figuran entre las más bellas que se han escrito en el continente. Contreras cita también con entusiasmo al poeta Magallanes Moure, «que, a través de su alma, interpreta la vida y el paisaje de su medio», y al poeta Pedro Prado «que ha querido coger la belleza visible del mundo, particularmente de su país, al mismo tiempo que esa belleza oculta que está en la esencia de las cosas.»

Sólo dos críticos, retienen la atención del ensayista: Alfonso Reyes, mejicano, «fiel intérprete del alma moderna» y Armando Donoso «que se entregó a su tarea con el entusiasmo de los escritores de imaginación». Después de consagrar su juventud al estudio de las letras y las ciencias, el ardor de su espíritu lo llevó a ejercer el magisterio de la crítica. Con motivo de la muerte de don Marcelino Menéndez y Pelayo, dió una conferencia, que publicó enseguida. Y Contreras que, en aquella circunstancia, señaló a los lectores del *Mercure de France* el mérito de esta obra, no deja de recordar ahora que fué buen profeta del porvenir literario de Donoso. Gracias a su labor, el mundo castellano y europeo, pudo apreciar en *Los Nuevos* el talento de algunos escritores nacionales. Hizo estudios en Alemania y consignó, después, el fruto de sus reflexiones en *La Sombra de Goethe*. En torno de *Goethe*, espíritu univer-

sal, hace surgir las figuras de los grandes autores románticos o modernos: Novalis, Hauptmann, Nietzsche, Peter Altenberg. Este libro fué una importante contribución al estudio de las letras alemanas. Después, solicitado por el atractivo de los problemas científicos y filosóficos, «tan ferviente del arte como curioso de la ciencia», hizo, en *La Senda Clara*, el análisis de las investigaciones biológicas de Félix Le Dantec, en quien reconoce a un «filósofo de la biología». Combate a Brunétiere, que nunca fué, ni siquiera en sus comienzos, «un hombre de ciencia, sino que un moralista y un moralista cristiano que vivía torturado por las profundas tragedias de la conciencia.» Reconociendo el descrédito de la obra de Brunétiere—cada época tiene su sistema—no creemos en la antinomia entre la ciencia y la fe. Pascal, Pasteur, Branly, son ejemplos ilustres. Debemos aún a Donoso, dos interesantes volúmenes de crítica literaria, *Dostoiewsky*, *Renan*, *Pérez Galdós* y *La otra América*. Anima, en *La otra América*, las figuras de la poetisa Gabriela Mistral, del novelista Eduardo Barrios y del historiador José Toribio Medina. Después de describir los múltiples aspectos de un espíritu fecundo en hallazgos felices, Contreras da un juicio, sobre el conjunto de los trabajos de Donoso, que citamos con agrado: «Yo desearía que desplecase, particularmente, su actividad crítica en el terreno en que ya ha recogido bellos frutos, terreno virgen, donde todo está por hacer, el de la literatura de su país y de toda la América Española. Desearía, ade-

más, que en el dominio de las ideas, saiga del círculo del intelectualismo racionalista en que se mantienen todavía algunos profesores de Chile y Argentina; un espíritu como el suyo no puede permanecer indiferente al renacimiento del idealismo filosófico que comienza a iluminar el pensamiento occidental. Extendiendo sobre el mundo una mirada rápida y segura, Donoso ha sabido juzgar los hombres y las obras. Y si se considera que nació en 1887, uno se queda sorprendido de una labor tan amplia!».

En la antología de Contreras, los prosistas líricos y los poetas ocupan sitio privilegiado. Historiadores y oradores están ausentes. Si la América latina es el paraíso de los poetas —perfume de bosques, cielos azules, vientos que soplan desde el mar, amores violentos y contenidos de los corazones españoles, tantos temas, en fin, que hablan a la imaginación— no es menos la patria de los historiadores y de los oradores. Nos habría agradado que el autor mencionase la obra de Francisco García Calderón, a quien, Gabriela Mistral, en un artículo de *El Mercurio*, calificó de guía intelectual de la juventud hispanoamericana. Contreras omite también los nombres de Monseñor Crescente Errázuriz, notable historiador, y de José Toribio Medina, cuyo trabajos tienen autoridad en Europa. En cuanto a los oradores del Nuevo Mundo, han alcanzado tal grado de perfección, que sus discursos recuerdan las cé-

lebres arengas de Mirabeau—Atila de la elocuencia, según la expresión de Rivarol—de Mun y de Jaurés. A este respecto, recordamos una conversación con nuestro amigo y maestro Omer Emeth, en el curso de la cual éste evocaba el talento oratorio de numerosos hombres públicos chilenos. El arte de la elocuencia, ha ilustrado el púlpito, el foro, la tribuna parlamentaria. ¿Las obras maestras de Bossuet y de Massillon no están en todos los manuales de literatura francesa? Disponiendo de poco espacio, no hemos intentado un análisis racional del conjunto de las observaciones de Contreras. Lo que acaba de leerse, es tan solo una serie de notas puestas al margen de su libro. Sus ensayos representan una preciosa contribución en la historia de las letras hispanoamericanas. Precisan las nuevas orientaciones literarias y permiten distinguir el «clima intelectual» de los escritores, cuya personalidad y cuyo nacionalismo son testimonio de la unidad espiritual de la América Latina. —*Gallus*.

ANOTACIÓN A LA OBRA DISPERSA DE MAGDALENA PETIT.

Después de un largo y activo aislamiento, la personalidad de Magdalena Petit, sale al mundo literario, reconfortada de meditación, fuerte en cultura, conocedora de su propio problema.

¿Cuál es su obra? ¿Los estudios de Proust? ¿Reflexiones, Rosa Manheim, algún libro inédito, otros artículos interesantes? Sí y no. A pesar de la versión que ha hecho en un